

Colombi, Pablo; Crespo, Natalia. "Homenaje a Lucio Victorio Mansilla (1831-1913), en el centenario de su fallecimiento. MANSILLA, LUCIO VICTORIO. "Ensayo sobre la novela en la Democracia". *Revista de Literaturas Modernas* 43.2 (julio-diciembre 2013): 117-151. Universidad Nacional de Cuyo.

LITERATURA NACIONAL

ENSAYO

SOBRE LA NOVELA EN LA DEMOCRACIA

Ó JUICIO CRÍTICO SOBRE LA EMILIA

DE R. EL MUJIENSE ¹

Por LUCIO V. MANSILLA.

A SU AMIGO RUFINO VARELA.

DEDICATORIA.

Rojas, Noviembre de 1863.

Señor D. Rufino Varela.

¿Recuerda vd., querido Rufino, la disputa con aires de calorosa discusion, que á propósito de una frase mia se suscitó en la redaccion de *La Tribuna* la última vez que estuve en esa? Probablemente nó! Pues bien, como al borrar las pájinas adjuntas esa misma frase ha brotado de mi pluma, recordándome el nombre de vd., hé ahí porque he querido poner este humilde *Ensayo* bajo el patrocinio suyo, dedicándoselo a la vez. Y digo patrocinio, porque tengo que pedirle le haga dar cabida en las columnas de *La Tribuna*, no porque busque la alianza de vd., pues, ni pido ni doy cuartel. Es mi costumbre batirme solo, y cuando mas no puedo, quemó el último cartucho y pongo fuego á mis naves.

Habria preferido enviar mi trabajo á alguna de las revistas que han solicitado mi colaboracion. Pero estas tienen, al menos por ahora, el inconveniente de no poder dar sino una lenta salida á los escritos que como estes², son un poco estensos; de suerte que para ver el fin de su publicacion hay que aguardar dos y tres meses, y á veces mas. Este retardo redundo siempre en daño del autor; porque solo

¹ De Mujía –pueblito de la provincia de Galicia

² Suponemos que se trata de una errata: donde dice “estes” debería decir “este”. (N del E).

las cosas de un mérito real y positivo resisten con buen éxito á esas mensuales soluciones de continuidad, seame permitido decirlo así. Es necesario que una producción sea muy buena para que la imaginación del lector se preocupe de ella y espere impaciente el próximo número. Yo de mí sé decir que cuando al pié de un escrito, que desde luego no se recomienda por el nombre de su autor, leo el terrible *continuará*, casi siempre lo hago á un lado, sobre todo si es una revista mensual lo que leo.

Vd. me dirá que en *La Tribuna* serán mayores las *soluciones* que temo. Contesto que es cierto. Pero añado que como las intermitencias serán mucho más breves, de 24 horas apenas, no me asusta el peligro de poner á prueba la paciencia del lector.

Por otra parte ¿que pierde lo que no está destinado á quedar como un monumento del pensamiento humano, en ser publicado en un diario cuya vida es tan efimera? Nada. Bien pues, tenga vd. entonces la bondad de hacer insertar mi escrito en *La Tribuna*, aunque las páginas donde haya de ser estampado, deban servir para *envolver alcarabea*, un momento después de lanzadas á la circulación.

Cualquiera que sea la suerte del *Ensayo* resignóme á ella desde ya con la calma de un mahometano, y confiado en la indulgencia del lector,—ruégole á v. acepte la dedicatoria, creyéndome sinceramente su amigo.

L. V. M.

I.

Dice Lamartine,—que hay mas jénio humano esparcido en la muchedumbre que en una academia por mas selecta que sea, y esta frase que para mí tiene la autoridad de un aforismo, es doblemente cierta, aplicada á la democracia de nuestros días. Efectivamente, propagando la instrucción primaria entre todas las clases de la sociedad, abogando por la libertad de pensamiento y acción, por la libertad de cultos, por la perfecta ecuación del impuesto, por la igualdad ante la ley, por el libre cambio, por la descentralización administrativa y el sufragio universal,—pugnando por poner en todas partes la autoridad al servicio de la libertad, procurando sustituir el principio³ *contractual* al principio autoritativo, y, por último, hacer triunfar la única política honrada,—*la política del derecho*, sobre la política más corrupta del sentido moral de los pueblos,—*la política de la razón de Estado*; la Democracia no brilla como un faro en la cima de encumbrado cerro, cuya luz desde lejos se divisa, mas esparce una claridad ténue y purísima, que en todas partes penetra. Porque no es el resultado de un foco exclusivo, sino la irradiación de millares de cuerpos luminosos diseminados á su albedrío, acá y acullá por la inmensidad del espacio.

Observemos un instante el proceso de la civilización, de la ilustración, de la manumisión del espíritu humano, es decir, los progresos de la Democracia.

En la época inicial del mundo la luz moral se irradiaba del patriarca á la familia.

³ En el original se lee “princio”, suponemos que el autor quiso decir “principio”.

Vino á poco andar el profeta, que era el doctor de la tribu, el filósofo errante, que comentaba la religion y la política, elejido por Dios para vaticinar la llegada del Mesias,—la luz universal,—así como entre los Celtas y los Galos el druida fué el sacerdote, el legislador, el filósofo y el médico, y el q' esplicó el curso de los astros y los fenómenos fisico-naturales de la creacion.

Con Jesu-Cristo la luz inundó al mundo, fulgurando suave y agradablemente, para todo el que tuvo ojos y quiso ver, para todo el que tuvo oidos y quiso oir, de doce honestos varones, que eligió para sus discipulos y compañeros de persecucion, y los cuales, aprendiendo todos los idiomas de entonces diseminaronse por toda el haz de la tierra llevando por símbolo la cruz y por filosofia el amor de Dios.

Ya en Esparta y Atenas, lo mismo que en Cartago y Siracusa, lo mismo que en Roma hasta la fundacion del tribunado, la luz habia fulgurado únicamente de una casta privilegiada. Porque aquellas democracias diferían de la nuestra, tanto como la monarquia pura, del réjimen constitucional.

Con los Bárbaros, y en pos del apóstol vino el mártir ó el santo, como llamarle quisieréis, que al fin, santo es todo aquel que se sacrifica ó muere por una verdad moral,—y en pos del mártir ó del santo vino el sacerdote cristiano, el misionero de la mas augusta religion que profesar pueden los humanos, ó lo que es lo mismo, vino el convento austero y sombrío, que sembraba sijilosamente la semilla intelectual, sin hacer distincion de clases, pues, reclutaba sus neófitos y catecúmenos lo mismo en los alcazares de los reyes que en la masa popular,—en tanto que las testas coronadas y los señores feudales destrozaban con proterva mano el patrimonio de sus antepasados.

Finalmente, vino la expulsion de los Griegos de Constantinopla, los cuales refujiándose en Italia produjeron el Renacimiento,—esa época brillante en que las ciencias, las letras y las artes, la astronomía, la filosofia y la jurisprudencia, la pintura y la escultura florecieron exuberantes bajo el patrocinio de los magníficos Médici, del político Leon X y del galante Francisco I,—de ese rey caballero que abandonado por la fortuna en Pavia, dióle el último adios á los buenos tiempos feudales como entonces era estilo llamarlos.

El Renacimiento, es la época de la imprenta y de la cátedra,—la época propagandista por excelencia,—la época de la monarquia pura y del libre exámen, ese hilo de Ariadna que al traves del laberinto teológico y filosófico de las cien escuelas ortodoxas, jausenistas, molinistas, calvinistas, luteranas, volterianas,—condujo al mundo civilizado, por decirlo así, á la barra de la famosa asamblea donde sucesivamente entraron y salieron ya orgullosos, ya abatidos,—Mirabeau, el Júpiter tonante de la elocuencia moderna, Sièyes el gran doctrinario, Danton el impávido tribuno y Robespierre el inflexible terrorista, hasta el dia en que Napoleon cual otro *ego sum qui sum* la atropelló con un puñado de soldados, y hollando con su planta audaz aquel recinto augusto del pueblo soberano, cohibió momentáneamente los mas caros derechos de la muerte humana, y provocando contra él la saña de la Santa Alianza, que, según la bellísima expresion de Quinet, sólo fue la declaracion de los derechos del hombre ostentados por un dia y la bandera de la Constitucion desplegada por los reyes,—enseñó una vez mas con su ejemplo al mundo, que no hay pedestal seguro en la tierra cuando contra él se coligan los pueblos ó los reyes en nombre de los primordiales intereses de la humanidad.

Pero los hombres son un accidente, cuya aparición y desaparición fugaz marca veloz el cuadrante de los tiempos, al paso que los principios son una ley que ha de cumplirse, y Napoleon pasó, y la Santa Alianza que le destronó pasó también, dejando uno y otro en pos de sí cierta suma de concesiones, lo mismo que pasarán otros y otros, en tanto que el mundo camina, quiero decir, adelanta, se desarrolla, progresa, obedeciendo á las leyes de un desenvolvimiento indefinido.

Si, yo no pienso como el Prometeo moderno, cuyo nombre he citado al comenzar, que la humanidad esté condenada á mover sempiternamente la rueda de Yxion, buscando anhelosa la cuadratura de su bien-estar, séame permitido espresarme así. Las revoluciones pueden ensangrentar nuestro suelo; los cataclismos de la tierra devorar los espléndidos monumentos del arte y de la civilización, abriendo anchos y profundos cráteres bajo sus seculares cimientos de granito; extravasar sus lechos los rios correntosos, los dilatados mares y el insondable océano, anonadando con ímpetu furioso cuanto oponerse quiera á su corriente destructora. Mas la ley soberana del mundo es el progreso—lento, gradual; pero sin fin, lo mismo que la rotación de un cuerpo cosmográfico; pero eterno, lo mismo que su supremo y sapientísimo hacedor. La idea de una *palinjenesia* universal no entra no entra en mi mente.

La Europa puede periclitar,—retroceder la América; pero hay mas tierra desierta y bárbara en el mundo conocido que poblar, que civilizar y cristianizar,—que espacio ocupado por la civilizacion y pueblos iluminados por la antorcha de la única religion capaz de engendrar y consolidar la democracia tal y cual yo la concibo y la deseo. Asi, lo único que admito que pueda suceder, es la ocupacion de una tierra por la jente de otra tierra,—la conquista, la dominacion, en cuyo caso cúmplase esta verdad, que se parece á una paradoja,—toda dominación es progreso.

Y, dígase cuanto se quiera, la historia está ahí para enseñar con sus imponentes y severas lecciones, que cada revolucion ha revelado una verdad desconocida, ha afianzado un principio, ha destruido una preocupacion, ó ha derribado un falso Dios.

La civilizacion de los Ejipcios fue mas bella, mas grande y magnífica que la de la India; la civilización de los Griegos dejó atrás á la de los Ejipcios; la de los Romanos eclipsó á todas éstas, hasta que, por último, aparecieron los Bárbaros, los cuales derribaron los dioses mosaicos de Roma, y asimilándose á los vencidos cambiaron la faz de las cosas y sembraron el jérmen de la civilizacion de nuestros dias, portentosa como ninguna, distinta de todas las demás, pues, prevalece en ella cierta tendencia á imponerse mas por la razon, que por la fuerza, como que es infinitamente mucho mas humana que las que le han precedido.

Hasta el presente todos los principios de gobierno han hecho su ensayo, y casi su época. Fáltale á la democracia acometer su obra y probar que ella es la forma política más compatible con la naturaleza y la razon humana; que ella es la mas justa, desde luego, la mas cristiana, por supuesto, y para decirlo todo de una vez, la única susceptible de una propagacion universal.

Con efecto, es esta forma social fortificada por el vínculo federativo, es decir por la *unión progresiva de los grupos* que es el antidoto de la centralizacion, esa eterna fragua de todas las tiranias,

la que á no dudarle, está llamada á realizar la obra mas árdua y descomunal de los tiempos antiguos y modernos. Porque así como constituir un pueblo, un estado ó nacion sobre bases sólidas y duraderas es una empresa de difícil y penosa ejecucion, siendo, como lo es, la ciencia de las ciencias el gobierno de los hombres, así tambien constituir perennemente cien pueblos, cien estados ó naciones que hablan mil lenguas y dialectos distintos, cuyas costumbres, usos y religiones son distintos, es una empresa casi divina, sobre todo, cuando hay que luchar contra la barbarie y la ignorancia, con la mentira y las pasiones humanas mal dirigidas.

Pero si tal es la obra que la democracia está llamada á realizar, es solo en épocas distantes de nosotros, remotas quizá, que las ciencias abstractas, las bellas artes y las letras, adquirirán en ella grande y pujante desarrollo.

Y es natural que así sea; porque la democracia, permitiendo un libre ejercicio á la razon humana; propagando la instruccion y revelanándole al hombre sus aptitudes como ser individual, y su potencia como ser colectivo, despierta en las sociedades modernas el espiritu de asociacion y lanza á los hombres con mas fuerza y entusiasmo en el campo de las empresas materiales, que ponen á prueba su actividad, que en las rejiones especulativas que exitan sus facultades intelectuales. En la atmósfera democrática, el individuo se hace mas práctico que teórico, mas aventurero que pensador, mas positivo que idealista, apasionándose mas de lo grande y jigantesco que del arte considerado del punto de vista estético.

No seria estraño que alguien me recordára las repúblicas Italianas de esa época que ya hé citado. Pero á mi vez recordaré anticipándome á la objecion, que esas repúblicas, y aun las de Holanda, no eran verdaderas Democracias: eran mas bien oligarquias republicanas, que es la forma embrionaria bajo la cual se presenta la Democracia antigua desde Esparta á Genova y Venecia á la Democracia que ensayaron los Puritanos Ingleses, que teorizó Juan Jacobo Rousseau y cuyos mas estables lineamientos trazaron en tierra Americana Washington, Franklin y Madisson.

En Roma, mucho mas progresaron las letras y las artes en tiempos de los reyes y emperadores que durante la República. Expulsado Tarquino el Soberbio trábese en ella horrible lucha entre patricios y plebeyos, y atacada sucesivamente por los Volscos, los Galos y otros pueblos vecinos, que en peligros la pusieron mas de una vez, viose obligada á organizar ejércitos. Venció primero á los que la atacaron, ensanchando así sus dominios en Italia; llevó luego sus armas victoriosas fuera de la península empeñándose en la primera guerra púnica, conquistando después una parte de la Iberia, la Macedonia y la Grecia, hasta vencer definitivamente á Cartago en las llanuras de Zama. La República brilló por sus conquistas, por las virtudes de Tabucio, por la abnegación de Decio y la constancia de Scipion el Africano; al paso que con Augusto cerrándose el templo de Jano, que por tanto tiempo habia permanecido abierto, inaugurándose una época de reorganización, de tranquilidad y esplendor literario, como que durante ella florecieron Virjilio y Horacio, Tito Livio y Ovidio.

El Capitolio, el Panteon, el Coliseo y el Arco de Tito, obras magníficas, que aun en nuestros días maravillan, fueron construidas bajo el dominio de los reyes y emperadores.

La historia griega es mas compleja, pues presenta diversas alternativas; pero en el siglo de Pericles se produce el mismo fenómeno que antes he apuntado. Condenado Tucídides al ostracismo, “Pericles no fue ya el mismo, dice Plutarco, ni del mismo modo manejable por el pueblo dejándose llevar como el viento de los deseos de la muchedumbre; sino que en vez de aquella demagogia que tenia flojas e inseguras las riendas, como en vez de una música muelle y blanda, planteó un gobierno aristocrático y en cierta manera regio; y empleándole siempre con rectitud é integridad para lo mejor, unas veces con la persuacion y con instruir al pueblo, y otras con la firmeza y la violencia si se hallaba resistente, puso mano en todo lo que parecía útil”.

Así, si, Atenas fue mas libre y moral en los tiempos de Solon y de los justicieros é insobornables areopajitas, que bajo el despotismo de Pericles, en ninguna época como es esta florecieron tanto en ella las bellas letras y las artes; de suerte que es con razón que Plutarco dice, haciendo un paralelo entre Fabio, Máximo y Pericles,—“en lo que hace á la grandeza de los edificios y de los templos, y al grande aparato de obras de las artes con que Pericles hermoseó á Atenas, no puede entrar con ellos en comparacion todo cuanto en esta línea hicieron de grande los Romanos ante de los Césares; sino que en ella la grandeza y la elegancia de tales obras obtuvo una primacia excelente e indisputable”.

La Democracia no hallará gusto en el pasto de las bellas letras y las artes sino después que bajo su saludable influencia se haya mejorado la condición social de todo el mundo. Cuando al hombre honesto y laborioso, al verdadero ciudadano, despues de haber ganado para lo necesario, le quede un sobrante para lo superfluo. Cuando un estado económico semejante que á todas las clases de la sociedad permita afluir á los teatros, donde se corrijen los usos y costumbres de la sociedad; á las grandes esposiciones donde una emulación recíproca, al paso que despierta el amor á la celebridad artística, á la gloria, hace nacer el gusto por lo bello. Cuando se establezcan lecturas públicas para el pueblo parlamentos mas estensos aun que la plaza pública de Atenas y el *Forum Romanun* , para que sea mayor el número de los que asistir puedan á la discusion y sancion de las leyes que han de rejir los destinos del pueblo soberano. Cuando á las escuelas, á las cátedras y bibliotecas públicas asomarse pueda el incansable trabajador, pues, pudiendo pagar todos los artículos necesarios á su subsistencia y representación mucho mas barato, podrá trabajar un poco menos, destinando así algunas horas á su cultivo intelectual.

Sueños! utopías! dirán algunos espíritus fuertes, de esos cuyo númen se cierne siempre sobre las rejiones de la realidad. Yo respondo,—que son sueños y utopías que tardarán en realizarse; pero q’ realizará al fin la economía política de las naciones que tengan la dicha de comprender cual es la mision providencial presente y futura de la democracia. Porque es menester no equivocarnos,—la belleza arquetípica de esta forma sin par no existe entre nosotros. Háblase mucho de democracia y libertad, y, sin embargo, ¡cuán lejos estamos de ser jenuinos demócratas aquí donde la república, si bien no tiene un rey, mas se parece á una monarquía constitucional, consolidada por la unidad económica y administrativa,—que á una nacion constituida por el vínculo federativo, lo cual para mí es sinónimo de entidades congregadas para alcanzar la justicia, consolidar la paz interior, proveer á la defensa comun y asegurar los beneficios de la libertad para todos!

Tengo un espíritu demasiado práctico para crecer que mis esperanzas sean alucinaciones de una imaginación calenturienta, y antes por el contrario me inclino á sospechar que en cada una de mis anteriores letras dejo consignado el fragmento de una verdad, lanzada al viento quizá; pero siempre verdad.

Decía en sustancia que la Democracia tiene que ser, primero materialista, y después materialista ó platónica,—si de ella es lícito hablar así,— que es el proceder inverso de los demás sistemas. Pero esto⁴ (falta texto).....

No, no falta texto, debe haber sido un error del diario, pues en el original está así (VER FINAL DE FOTO 007 E INICIO DE FOTO 008).

¿O hay quien sostenga que á priori el mejor gobierno no es el del pueblo por el mismo pueblo? O en otros términos, *el gobierno de todos por cada uno*, lo que para mí se parece á esta forma algebráica: *libertad*, mas *derecho*, DEMOCRACIA, que es lo mismo que decir, *soberanía popular*, pues *demos* en Griego significa pueblo, y *cratos*,—potencia?

Pero me alejo sin querer de mi objetivo, y es menester que recobre mi hilo conductor.

En la Democracia, que debe ser un apostalado⁵ colectivo en pró de cada uno, los hombres tienen que ser mas honrados, rectos y probos que bajo toda otra forma de gobierno. Las sociedades democráticas reclaman mas virtud que heroísmo,—mas abnegación q' temeridad,—mas austeridad q' jénio, precisamente porque su tendencia es á ensanchar cada vez mas y mas el círculo de la actividad humana dando rienda suelta á las pasiones que deben procurar satisfacerse, cuidando atentamente de no perturbar la armonía de la comunidad. En la Democracia cada cual debe ser libre como el aire; pero ¡ay del que atente contra la libertad de todos! Ese hombre será un insensato, porque olvidará que todo atentado contra los demás es un atentado contra sí mismo; y es por esta razón que anteriormente he definido mi idea diciendo—que la *Democracia es el gobierno de todos por cada uno*. ¡Que cada cual gobierne cristianamente su individuo, y no haya miedo del resto! La sociedad presentará allí la imagen del órden, de la paz y concordia—un cuadro verdaderamente fraternal.

La democracia del porvenir deberá tener un lugar predilecto para los hombres de la talla de Washington, de Moreno, de Rivadavia, de Garibaldi y otros mas, que no abrigaron sino la noble ambición de morir por la patria y la libertad. Los Cromwells, los Napoleones, los Rosas serán abortos en ella—abortos con los cuales no sabrá que hacer, porque habrá abolido la pena de muerte, aun para los tiranos, y porque en su seno será imposible encontrar un Timoleon, un Bruto, un Orsini, nombres lanzados á la admiración de la posteridad, mas no digamos de ser imitados.

Si en la Democracia idólatra y turbulenta de Atenas, Harmodio fue presentado á la juventud como un modelo, como el salvador de la humanidad; porque segun dice el gran historiador Sismondi,—“el asesinato era tan comun en la antigüedad que ni los hombres honrados lo miraban con escrúpulos, ni

⁴ Esta oración está incompleta. Presumimos que ha sido de un error del diario y no del autor. (N. del E.)

⁵ Suponemos que se trata de una errata: donde dice “apostalado”, debería decir “apostolado”. (N. del E.)

los conspiradores repugnaban el derramamiento de sangre, pues, no solo los príncipes y los nobles, sino los magistrados y ciudadanos, de toda la Europa estaban siempre prontos á matar á los demás ya en defensa del menor derecho, ya para derribar un obstáculo cualquiera, ya para hacerse temer, ya para dar una muestra de enerjía, ó vengar una ofensa,”—si tal era, decía, la índole de las jeneraciones que nos han precedido, aun allí donde se distinguieron momentáneamente, como en Aténas, por cierto carácter igualitario y justiciero, el cristianismo que ha humanizado, ó lo que es lo mismo, que ha hecho á los hombres mas afables, benévolos, jenerosos y simpáticos, impedirá que tales hechos se produzcan en lo futuro.

De consiguiente, los elementos constitutivos de la literatura nacional serán siempre mucho mas épicos y dramáticos, mucho mas vivos y animados bajo el despotismo, la tiranía, el imperio ó la monarquía, que en la democracia. Esto equivale á decir que sus producciones tanto orales como escritas serán mas secas, y raramente humorísticas y fantásticas. Porque no habiendo en los episodios de la vida real suficiente hechizo, ni para el romancista, ni para el poeta, su fantasía será exitada con dificultad.

Hay aserciones que es fácil autorizarlas con la voz de la historia, y esta última es una de ellas.

Voy entónces á invocar su testimonio.

II.

Si me remonto á nueve siglos antes de Cristo, es decir, á una época bárbara aun, casi mitológica, á la época de Homero, el cantor épico por exelencia, encuentro que donde su musa sublime se inspiró, fué en los episodios del sitio de Troya; en las desgracias de los griegos durante él, en la cólera de Aquiles y en la espantosa manera como este héroe tomó venganza de la muerte de su carísimo Patroclo.

Sin Filipo de Macedonia, es probable que Demóstenes no hubiere tenido ocasión de hacer oír esa imponente voz, cuya elocuencia singular, vibrando en el oído de cien jeneraciones á los coetaneos conmueve todavía. Pues, parece ser uno de los caracteres de la elocuencia parlamentaria que sobre los tiranos ó la patria en peligro la despierten.

Virjilio, que es á los latinos lo que Homero á los Griegos, buscó en la cuna de Roma y en las monumentales antigüedades de la Italia, los materiales para los doce preciosos cantos de la Eneida, librada de las llamas por Augusto, ese Mecénas de su época, bajo cuyo tutelar reinado consolidáronse las conquistas de la República, restablecióse la paz interior y florecieron las bellas letras y las artes en todo el imperio. La república habia sido demasiado austera y la administracion de Augusto era demasiado paternal, para que el insigne poeta se inspirára en ellas, de manera que fué un personaje casi fabuloso, el piadoso Eneas, quien su mente cautivó.

Ciceron, que en punto á elocuencia corre en línea paralela con Demóstenes, hubo menester para derramar los tesoros de su inimitable verbosidad y de su facundia sin igual, que un conspirador como Catilina intentará destruir á sangre y fuego la soberbia Roma.

Dante el católico, tan divino como su comedia, tan tético⁶ como las sombras de la eternidad, ha tomado la historia de Italia, y de sus mas negras escenas ha hecho sucesivamente la escala y el andamio para descender y subir alternativamente ora á los últimos círculos de su infierno pavoroso, ora á los limbos oscuros del purgatorio, ora á las frescas, serenas risueñas y balsámicas regiones del paraíso.

Tasso, cuyas desgracias le hacen doblemente simpático, busca en la mas grandiosa epopeya del cristianismo los materiales para su Jerusalem libertada.

Camoens el desdichado, sobre cuya tumba la posteridad ha escrito este dístico eterno, que traduzco del sonoro y melifluido portugués: “Vivió pobre y miserablemente y así murió”⁷—Camoens, va á recoger en mares ignotos y bravíos los materiales a sus Lucíadas, poema pintoresco y hermoso, que los elementos le disputan en su naufragio como si de su grandeza envidia tuvieran.

Ercilla, tan valiente poeta, como soldado valeroso, cruza los remotos é hiperbóreos mares y en los valles y en las breñas y en los bosques vírgenes y seculares de la austral Araucanía, y en las escenas de la cruenta y ropaz⁸ conquista encuentra inspiración para su estro inmortal y peregrino.

Voltaire no halla nada digno de su rima en el siglo que balbucea el lenguaje de la revolución, y es á la ojeriza de la Liga y el furor de los partidos desatados por la discordia á los cuales recurre para cantar al héroe que reinó sobre la Francia por su cuna y por su brazo,—*et par droit de conquête et par droit de naissance*.

Como se vé, todo se encadena, todo se liga, sin necesidad de multiplicar los ejemplos puede decirse que el pasado lo mismo que el presente solo es fecundo para la epopeya cuando la humanidad lucha, sufre ó se destroza.

Y es un hecho muy singular, aquel que enseña que el jénio, el heroísmo y la abnegación nunca brotan con tanta fuerza como cuando el pensamiento, la patria ó la libertad yacen oprimidos, buscando cuando este no es el caso su inspiración en la historia de los dolores, de las grandezas y miserias de la humanidad.

Así, todo mito tiene su Homero;

Todo tirano su Demóstenes;

Todo conspirador su Cicerón;

Toda teología su Dante;

⁶ Suponemos que “tético” es una errata y que el autor quiso escribir “tétrico”. En este contexto “patético”, otro adjetivo de uso frecuente en este ensayo, tendría tal vez menos sentido que “patético”.

⁷ Repusimos las comillas de apertura de esta cita, que no figuran en el original.

⁸ En el original se lee “ropaz”, pero creemos que se trata de una errata por “rapaz”, adjetivo que el autor estaría usando en su acepción de “inclinado o dado al robo, hurto o rapiña” (R.A.E.).

Toda epopeya su Tasso;

Todo santo su hoguera,

Y Jesu Cristo, que es el mártir de los mártires, el filósofo de los filosofos, el ejemplo de los ejemplos, el colmo de la heroicidad en la tierra, —Jesu Cristo tiene su cruz,—la cruz, que es el símbolo de los símbolos el *nec plus ultra* de los emblemas.

Diríase que cada virtud se reconcentra en un elejido, y que de allí brota como un resplandor vivísimo que á todos ilumina.

Pero á medida que el mundo se civiliza, con arreglo á los verdaderos principios del evangelio; ó en otros términos, á medida que las sociedades humanas se democratizan, esto es, á medida que por los altos ejemplos de abnegacion y virtud se entronizan la santa igualdad,—asi tambien las letras se democratizan á su vez, perdiendo ese carácter de grandeza homérica que solo han podido darle los recuerdos épicos del pasado, y que en nuestros días no es la fisonomia descollante de la humanidad, mucho mas práctica y positiva ahora que antes en sus empresas y especulaciones.

Es por esto que una de las mas altas aspiraciones de la Democracia es preparar á los hombres para el ejercicio de todas las virtudes,—á fin de que no haya primeros ni últimos cuando se trate de pelear por la justicia, el derecho y la libertad, trinidad que debe constituir el credo político de todo aquel que pretenda ser honrado con el título de ciudadano en una república democrática debidamente ordenada.

Y es por esto también, que al paso que las sociedades modernas van perdiendo su fisonomía feudal y aristocrática, la poesía, la elocuencia, la pintura y la escultura van dijenerando⁹ á su vez.

No hayen ninguna parte del mundo un orador que se parezca a Demóstenes ó se equipare á Cicerón, que vivieron en una época infinitamente inferior en grandeza y civilizacion á la nuestra, pues, Mirabeau y O'Connell, que han muerto, no les igualaron aunque como ellos rayaron en lo sublime, en lo patético y grandioso. Pero en cambio, en una asamblea inglesa ó francesa de nuestros días hay mucha mayor suma de intelijencia, buen sentido é ilustracion que en la plaza pública de Atenas ó en el Senado Romano.

Si de la elocuencia pasamos á la poesía, encontraremos que la literatura moderna, propiamente dicha, la literatura del siglo XIX, del siglo que por autonomacia¹⁰ ha sido denominado de las luces,—no tiene un Homero, ni un Virgilio. Pero en cambio brilla en el horizonte una pleyade de cantores mayor q' en ninguna época de la antigüedad.

⁹ Creemos que “dijenerando” en este contexto debe entenderse, no peyorativamente, sino como sinónimo de “evolucionando”.

¹⁰ Creemos que se trata de “antonomasia” (“f. Ret. Sinécdoque que consiste en poner el nombre apelativo por el propio, o el propio por el apelativo; v. gr. *El Apóstol*, por *San Pablo*; *un Nerón*, por *un hombre cruel*”). Diccionario de la R.A.E.

En la pintura y escultura sucede idéntica cosa. Ni Fidias, ni Praxiteles tienen rival, así como no le tienen Apelles, ni Rafael. Pero en cambio su arte divino está mucho más difundido que en los lejanos tiempos en que ellos florecieron.

Que esta decadencia tendrá su renacimiento es indudable,—ya he dicho cuando vendrá,—y así como es indudable que la civilización moderna descuella sobre todas las demás,—por su genio científico, práctico, observador y analítico. La civilización antigua era más artística, la moderna es más utilitaria.

Así, el Coloso de Rodas era más bello que el puente tubular que une la tierra de Gales á la antigua y Sacerdotal Anglesa; pero no más útil al comercio y tráfico de la Grecia, que este gigantesco puente al comercio y tráfico de la opulenta Albion.

Así, la civilización moderna ha producido varios historiadores, como Hume, Sirmondi, Cantu y Thiers, superiores á los de la antigüedad, pues, ni Herodoto, ni Polibio, ni Tácito parecenseles.

Así, la civilización moderna ha producido á Newton y Humbold, que son más grandes que todos los astrónomos, matemáticos y naturalistas de la antigüedad,—que el mismo Pitágoras, Plinio y Arquímedes.

Y, así sucede que al paso que la Inglaterra es el pueblo que tiene en sí mismo mayores jérmenes de movimiento y libertad, es el menos apto para las artes, para la pintura, la música y la escultura.

Todo es allí grande y severo, útil ó necesario. No busquéis belleza en las formas, ni gracia en los contornos. El gusto es siempre sacrificado á la solidez, y es solo allá por una rareza que se armonizan y combinan.

Pero es en los Estados Unidos del Norte, donde este fenómeno se halla notablemente patentizado, como q'allí es donde la Democracia ha hecho su ensayo más completo y feliz.

Jamas las pasadas edades presenciaron un desarrollo tan rápidamente portentoso. Aquella tierra casi desierta cien años ha, es hoy un emporio de civilización; pero de una civilización tan pujante que rivaliza con todas las de la vetusta Europa, sin escepción de ninguna.

La mecánica, el vapor, la electricidad, todas las ciencias exactas en fin, han progresado allí de una manera asombrosa. Y sin embargo, son pobres sus academias, son pobres sus parlamentos, son pobrísimas sus letras, y sus bellas artes también. Hay una civilización americana, que lanza balas de á doscientas libras, inventando una aleación de metales suficientemente fuerte para resistir á la instantánea combustión de una pólvora-algodón potentísima; q'construye monitores y vuelve á descubrir el fuego griego, cuyo secreto habíase perdido. Pero no se conoce una literatura americana hablando con propiedad.

La poesía lírica que en todos los tiempos es la forma primaria de la literatura no existe allí. El romance, la balada, la canción son casi desconocidas: allí el pastor no canta alegremente como en las

vegas de la Arcádia. Y en cuanto al poema épico, esta civilización tan pujante en todos sentidos no lo ha ensayado siquiera. No tiene en sí misma elementos para ello, y por el orden de ideas que la preocupa, ni en lo antiguo parece hallar cosa alguna que cautive la mente de sus versificadores. Civilización eminentemente industrial produce mucho menos de lo que lee. El periodismo en primer lugar, y el libro didáctico en segundo;—hé ahí lo que generalmente absorbe la savia intelectual de sus pensadores. Hay que añadir, que, como esta nación ha sufrido poco, no comprende los dolores de las que han padecido las penosas torturas de la barbarie, del despotismo, de la tiranía y de la guerra civil, pues, si hay algo cierto en materia de sentimiento es este verso del célebre Másen Auriás March:

“Qui no es trist de mos dictats no cur,

O en algun temps qui sia trist estat.”

Que Luis de Leon ha traducido así:

“No vea mis escritos quien no es triste

O quien no ha estado triste en tiempo alguno.”

Más humanitaria que romántica, esa civilización ha hecho un ensayo de la novela,—pobre ensayo que conoceis,—*La Cabaña del Tío Tomas*, cuyos materiales son puramente indígenas, y el cual debe su celebridad al espíritu hostil metropolitano. Fué la Inglaterra la que en Europa lo puso por los cuernos de la luna; la que después de haberlo hecho pasar por una crítica benévola, hízola traducir é imprimir, enviándola encarecida y recomendada á la América Española.

Oriental en todo, esa civilización ha buscado en el océano, que cruzan sus naves, asunto para la novela, y Cooper, fundando la escuela del romance marítimo ha reavivado en su patria, cuyas costas bañan el dilatado Atlántico y el anchuroso Pacífico, el entusiasmo por la navegación y sus dramas—haciendo á sus compatriotas cada vez más aventureros de los mares.

Planta lozana exuberante y que con maravillosa rapidez cunde pero á la vez nueva en América, la democracia no tiene allí viejas crónicas, ni caballerescas tradiciones. Sus antecedentes son los de un pueblo austero, eminentemente prosaico y calculador. Así pues, aquella tierra carece completamente de materiales adecuados para construir una literatura nacional. Y es por esto que cuando el mismo Cooper ha querido escribir una novela puramente americana, imitando á Chateaubriand, en la elección de sus protagonistas, ha tenido que apelar á las viejas mohicanas de los encumbrados y frondosos bosques de Connecticut.

En Europa pasa otra cosa.

Muy lentamente corre la democracia en el Viejo Mundo; pero camina, y digo Democracia; y me refiero á sus persecuciones, porque la democracia ha sido perseguida toda vez que ha sido perseguida la justicia—hollada la dignidad del hombre—amordazada su lengua, y su cuerpo quemado. Pues que todos esos hechos, bajo cualquier forma que se hayan producido, hoy degollando á Albigenses, mañana

á los Hugonotes, despues espulsando á los Indios de España y á los protestantes de Francia, ora quemando á Urbano Graudier, ó dando tormento á Savonarola, son carreras q' han retardado y retardarán el triunfo definitivo de la IDEA.

Hay que notar tambien, que siendo la forma democrática de gobierno la que mayor fuerza de asimilacion tiene; y la América un país virgen, desierto, inexplorado, que se pobla por la inmigracion de diversas razas, por mas que se quiera hacerlas nacer á todos de un tronco común,—razas, que superponiéndose sobre la aborigene y la indígena á la manera de esos aluviones que cambian, alteran, modifican la cortesa y fisonomía de los terrenos adyacentes á los rios y al mar,—hay que notar, decia, que el matiz de las costumbres nacionales desaparece gradualmente, confundiéndose entre los diferentes tintes exóticos, que de todos los vientos afluyen á esta nueva tierra de promision.

De aquí resulta un fenómeno originalísimo, de que no he oído hacer mención; pero que habreis notado quizá, y es que en América se encuentran ciudades tan populosas como Buenos Aires, por ejemplo, donde no se vé *pueblo*. Acudid sinó á sus plazas públicas en los grandes días de la patria ó de la relijion, y como en Paris, Lóndres, Madrid ó Viena, vereis en ellos una muchedumbre inmensa y bulliciosa. Pero no una muchedumbre característica, especial; que por sus costumbres y sus usos, que por su traje y fisonomia, se hace notar como la de aquellas grandes capitales, sinó una muchedumbre como la de Nueva York ó Boston, donde todo el mundo usa el mismo traje y anda de la misma manera; donde á la distancia las clases no se diferencian, como en Europa, donde lo ridículo, lo especial ó lo campesino del traje hiere desde léjos los ojos; donde el obrero ostenta su bluzas azul, pelgada y ceñida al cuerpo con un cinturón de cordovan, donde realmente existe una verdadera clase proletaria; pero tan desgraciada, que no tiene, como en la antigua Roma, la ventaja siquiera de no pagar impuestos, y cuyo alojamiento suele reducirse á pernoctar en las sentinas, cloacas y alcantarillas de las ciudades, siendo la suerte final de muchos infelices morir asfixiados por los miasmas deletereos que aspiran sin cesar.

Há diez años que el *gaucho* entraba todavia á las plazas públicas de Buenos Aires, ostentando con satisfaccion los arreos de su pingo, la ancha maya de sus calzoncillos, el peso de sus plateadas espuelas y el largo de su agudo facon. Hoy el gaucho tipo exclusivamente nacional ha desaparecido del todo, y en las calles principales de aquella ciudad llamaria tanto la atencion como en las de Londres ó Paris. Es que las costumbres democráticas van nivelando, igualando y haciendo homojeneo y fraternal, lo que antes no lo era; por que la dictadura tenia su principal punto de apoyo en la ignorancia y barbarie de las masas, es decir en las preocupaciones y en los vicios populares.

¿Es esto un bien ó un mal? Para mi la cuestion no es difícil, de manera que contesto sin vacilar, que es un bien. Suprimid esas desigualdades que comiencan por el traje; pero que tienen una significacion eminentemente inmoral, pues acaban por los derechos políticos y civiles, y habeis suprimido todo fuero, toda prerogativa, toda injusta desigualdad personal, en una palabra, el *privilejio*, bajo cualquier aspecto que le considereis, en todas sus distintas y variadas formas sociales, autocrático aquí, aristocrático allí, clerical acá, secular allá, capitalista en la ciudad, oficial en la aldea, y por último,

semifeudal en los campos donde el hacendado y el paisano, recuerdan aun al señor y al siervo del antiguo terruño¹¹.

O, en otros términos, haced esto, y habreis establecido la igualdad, la igualdad, que debe comenzar en la plaza pública, para ser acatada en el tribunal por el juez probo, recto, imparcial, que administra la justicia con equidad; y en todas partes por los agentes de la fuerza pública, de la autoridad constitucional, cuya mision es, hacer ejecutar las leyes sin ofender, ni vejar al ciudadano. Y realizado esto solo subsistirán aquellas desigualdades que se derivan de la naturaleza misma de las cosas; pero que no pugnan con la razon y el buen sentido, ni gravitan odiosamente sobre miembro alguno de la comunidad.

Pero si todo esto es verdad, no lo es menos que la sociedad pierde gradualmente su tipo, por esa especie de transformacion de crisalida que se obra en sus costumbres. De aquí resulta que la novela, esta forma popular de la literatura moderna, pierde á su vez una gran parte de su pábulo, pues las cosas de la tierra cayendo dia á dia en desprestijio mayor, derrotadas por la moda por decirlo asi, la ponen en el caso de recurrir unas veces á lo prestado y otras á lo fantastico, que como todo aquello que raya en lo inverosimil ó maravilloso, es el jenero menos útil é instructivo.

Y hé ahí precisamente el punto á donde pugnaba por llegar.

III.

Establecido que los materiales literarios para el lirismo, la epopeya, la novela y *romance* tienen que ser pobres en la democracia, hasta que esta no haya realizado sus primeras aspiraciones, y dada la razon de todo ello, tal cual yo la concibo,—resta ver si vale la pena de que el crítico se ocupe detenidamente en aquellas producciones cuya tela sea exclusivamente la vida americana, quiero decir, sus usos y costumbres sociales, sus defectos y sus vicios, combinados con lo que del Viejo Mundo nos importe la inmigracion y la civilizacion europeas.

No disertaré sobre este punto porque decir que *si vale la pena* es un corolario que se desprende de lo dicho hasta aquí. Así, pues, continúo pidiendo perdon al lector por haberle engolfado en tan altas y sérias reflexiones, y por la manera informe y confusa como todas ellas de mi pluma han brotado. Culpa es de mi insuficiencia, y en parte del anhelo que he tenido de abordar cuanto antes el tópico principal, el cual, como lo indica el epígrafe, es una novela de costumbres, publicada por un mi amigo, que mejor esgrime la pluma del crítico mordaz á lo Fray Gerundio ó Villergas, que el pincel á lo Fernan Caballero ó Fernandez y Gonzalez, sea dicho con toda franqueza é imparcialidad.

IV.

¹¹ Dígase cuanto se quiera, entre nosotros hay todavía odiosas desigualdades, castas privilegiadas. Asi, por ejemplo, en la campaña sobre todo, la ley no es igual para el hacendado y el gaucho. La misma autoridad que es severa con el uno, es tolerante con el otro, como si ambos no fuesen iguales ente la ley; como si tal pillo con influencia y dinero, no fuese mas culpable y perjudicial á la sociedad, que tal otro, hombre malo tambien; pero pobre y desvalido.

Emilia, es un cuadro de costumbres bonaerenses presidido por esta idea,—inspirar horror al coquetismo; y considerada de este punto de vista nada ofrece de particular. Pertenece al número de una de tantas novelas sentimentales.

R. el Mujiense, bajo cuyo seudónimo se oculta el autor,—ha elegido el género mas difícil, es decir, el género narrativo, porque siendo este una especie de diálogo con el lector, es necesario que la animación se sostenga hasta el fin,—que las escenas no se prolonguen demasiado, ni pasen fugaces como las móviles vistas de un panorama, sin escasear, ni prodigar profusamente los detalles.

Su forma es entrecortada. Esto es, está dividida en capítulos breves y concisos, que comienzan con una digresión ó preambulo, y acaban casi todos con un incidente nuevo, calculado para aumentar la emoción del lector ó despertar su curiosidad; ó con alguna moraleja, cuyo objeto parece ser atenuar las impresiones desfavorables que en el espíritu de aquel producir haya podido, el choque de las pasiones humanas puestas en juego.

En este sentido, *Emilia*, adolece de un defecto capital. Descúbrese desde luego que *R. el Mujiense* ha procurado hinchar su libro de máximas morales, siendo así que, en la novela, la moral debe consistir, no tanto en los pensamientos, cuanto en las diversas situaciones que se pintan, ó en el desenlace final, ora se quiera premiar la virtud y castigar el vicio, inclinándose al sistema de las compensaciones; ora hacer sufrir persecuciones á la inocencia y no salir triunfante á la iniquidad, para que la una reciba su condigno castigo y la otra en recompensa merecida, en un mundo menos borrascoso é infinitamente mas justiciero que aqueste en que vivimos.

Así, no es extraño que *R. el Mujiense* haya incurrido en ciertas contradicciones. Por ejemplo. Al paso que en una parte muéstrase enemigo del suicidio y le vilipendia y le anatemia, en otra, pensando como Salomón,—que el mas dichoso era aquel que no ha nacido,—añade: “Por eso cuanto mas dura la vida tanto mas se arraiga el convencimiento de que la muerte es una necesidad mayor para la felicidad del hombre, que la vida misma.” A lo cual yo contesto. Pero si esto último es cierto; porqué me negais el derecho de ser feliz, pintándome el suicidio como un crimen, como la negación de la felicidad?

Porsupuesto que si estas dos ideas, opuestas entre sí, hubiesen sido preferidas por alguno de los autores de la novela, yo no habria apuntado su contradicción. Pero siendo ellas dos reflexiones morales que hace el autor, no puedo dejar de extrañar que primero se muestre tan cristiano y despues tan dolorosamente escéptico y hastiado.

Mas el lector querrá saber quien es *Emilia*, y á la verdad es tiempo de decirle ya. *Emilia*, es una coqueta tan espiritual como hermosa,—que como todas las coquetas,—engaña á un hombre, justamente al infeliz que comete la necedad de amarla con amor; que se casa por interés, que luego se hastía de su marido, y, en suma, que despues de mil padecimientos materiales y morales muere... Yo habria preferido salvarla, haciendo morir en cambio á otros menos pecadores y delincuentes que ella, presentando de esta manera, no un tipo de arrepentimiento,—sino los efectos de una regeneración moral por el dolor. Pues, si hemos de creer en otra vida,—morir no es un castigo para los que han sido buenos, al paso que bien puede serlo para los que hayan delinquido.

Emilia es un tipo execrable, atroz; pero que abunda, y en este sentido ha hecho bien *R. el Mujiense* de tratarlo con dureza, —diciéndole á la sociedad, *mirete ahí*, y al hombre cuyo corazón siente las primeras torturas del amor,—estudia antes de declarar el mal que te aqueja, á la mujer que lo produce, pues, como, dice Seneca,—la llaga del amor quien la hace la sana.

No obstante, son demasiado rápidas sus transiciones, no siendo, como no es en efecto, Emilia, un corazón¹² intrínsecamente malo. Es este otro efecto que campea en casi todo el desenvolvimiento de la obra; y lo apunto á grandes rasgos para que si *R. el Mujiense* se siente animado por su primer recomendable ensayo corrija ese anhelo impaciente de hacerle ver el fin al lector. El lector tendrá paciencia, y gozará doblemente viendo producirse los cambios con mas naturalidad.

D. Agapito, el rico estanciero marido de *Emilia*,—aparece primero como un hombre torpe y brusco, con sus puntas de cruel, y, diriase, poco honrado; despues como un alma generosa, susceptible de abnegacion, si bien dominada por el genio satánico de la venganza. De manera que el *D. Agapito* de las primeras páginas aparece incompatible con el de las últimas. Y, á propósito, haré notar que si en el teatro es permitido perturbar las leyes del tiempo y del espacio, en la novela no lo es,—por cuya causa el lector no puede dejar de sorprenderse viendo á *D. Agapito*, casi simultáneamente en Bahía Blanca y el Tandil, puntos que distan cerca de cien leguas uno del otro.

Maria, que es otro de los tipos de *R. el Mujiense*, y que por su naturaleza apasionada, sencilla y juguetona interesa sobre manera,—deja en el lector una impresion de tristeza, que solo pudo definir diciendo que se parece á una decepción,—impresion que hubiese sido conveniente atenuar, pintando las borrascas de su alma, las asechanzas á que estuviera espuesta antes de acudir á la cita... á esa cita que parece ser el resultado de una gran debilidad femenil, que la imaginacion no puede prescindir de sospechar; pero que la simpatia y el cariño rechazan, pues, como acabo de decirlo, *Maria* interesa desde luego, y el corazón es naturalmente indulgente con todo aquello que lo cautiva.

En cambio de este pequeño defecto, encuentro que el tipo de *Armindo* es excelente, y que el autor ha manejado diestramente su pincel al bosquejarlo; los colores de su paleta son vivos como los de la naturaleza. Juzgad por este fragmento lleno de filosofia, á la vez que revela en el autor bastante conocimiento del mundo.

—¿Me amas? preguntóle Armindo.

—Ella pareció contestar con sollozos entrecortados, bañando con sus lágrimas el pecho del amante.

—Lloras, Maria? ¡Oh! Tu no me amas, dijo aquel como sorprendido.

‘Lloro, Armindo, porque para ser creida de tí, has exigido el sacrificio de una cita, lloro porque presiento que me engañas, si Armindo mio: el hombre mas honrado, el mas leal no lo es tratándose de engañar á una mujer.

¹² Se trata de una errata: “corazon”.

“Y así era en efecto; pero ese presentimiento era tardío.

“Aquel Armindo, de cuya lealtad y sentimientos delicados hemos podido juzgar tratándose de una hermana ó de un amigo, estaba abusando del amor de una joven, con la impasibilidad del niño ajitando al aire uno de sus juguetes.

“Ahí teneis al hombre.

Buscar en él la perfeccion árdua tarea seria, y

En un *Doctor Manzano, R. el Mujiense*, ha querido personificar al abogado sin escrúpulos, de instintos crueles y carnales.

Es un ser odioso, antipático, que aunque parece ser tomado del natural, no creo haya existido, felizmente, para nuestra sociedad. Yo aborrezco las malas máximas tanto como los malos ejemplos.

El autor ataca con este motivo lo que en la jerga del derecho llaman *igualada*. No pienso como él que la igualada sea inmoral. Y no pienso como él, porque opino que la profesion de abogado, lo mismo que la de médico,—debiera ser libre como cualquiera otra profesion, arte, industria ó medio de vivir; libre como la profesion de ingeniero, de agente de negocios, de maestro de escuela etc; en una palabra, como en algunos estados Norte-Americanos, donde para ser abogado, solo se exige un exámen público ante un juri de letrados. Para curar no se exige ninguna formalidad.

La igualada es una convencion, un contrato¹³ entre el abogado y el cliente. No es ella la que dá márgen á tantas inmoralidades é indignas explotaciones como se vén —sino el bajo carácter de ciertos letrados.

Así, por ejemplo, tal abogado, que no hace igualadas, explota y arruina á un cliente, al paso que tal otro, que las hace, devuélvele lo que la mala fé ó el dolo le han arrebatado. Pero estas reflexiones comienzan á estar fuera de lugar. Vuelvo á mi asunto.

Jorge, el amante tierno, sincero, capaz de un sacrificio por la mujer de sus ensueños, no presenta ninguna faz original. Su fin es el de todos los hombres engañados, que en su desesperacion han acariciado el cañon de una pistola—casarse despues, lo que equivale á decir, olvidar sus desengaños, olvidar su desesperacion, olvidar sus protestas para jugar á la mas gruesa de las aventuras.

No me detendré á bosquejar los demás personajes, porque para ello seria menester epilogar toda la novela, y prefiero remitir el lector á ella.

Voy, pues, á concretarme á algunas observaciones finales, que completarán este *ensayo*; y mi juicio sobre el libro de mi amigo—libro que como se vé, juzgo mas bien como cofrade, no creyendo me suceda lo que dice Goeth¹⁴—que aquel de quien los literatos se prometen algún apoyo, es objeto de sus elojios, así como el que los critica viene á serlo de su odio.

¹³ Reparamos una errata del original, en donde se lee “contralo”.

¹⁴ Suponemos que el autor se refiere a Goethe.

Quitándole á *Emilia* todo lo que he dicho tiene de rebuscado y algunas locuciones imperfectas—el estilo es fluido y corriente, elevándose á veces, no diré á la elocuencia, pero sí á una sostenida naturalidad.

Algunas de sus escenas son patéticas y muchas de sus descripciones y observaciones exactísimas. Así, por ejemplo, hablando del templo de San Francisco, encuentro las frases siguientes, que me recuerdan algunas impresiones de la infancia, época en que yo transitaba aquella calle, en la cual moraba mi anciana y valetudinaria abuela.

“La cúpula del convento de San Francisco ostentaba también su frente orgullosa á despecho del arte, y las laterales que le sirven de único apoyo parecían burlarse del tiempo, contra el cual ninguna precaucion tomó el que trazó aquella obra, tan atrevida como hermosa.

“Nadie puede fijar su vista al espacioso y elevado muro que dá al poniente, sin que se sienta poseido de una especie de austeridad franciscana.

“Pocos son los que pasan por su larga vereda, sin que al menor ruido no crean en la posibilidad de que aquella inmensa mole esté á pique de desplomarse, de modo que parece hecha con el doble objeto de recordar á los fieles transeuntes que la muerte puede sorprenderlos en la plenitud de su salud, en lo mejor de sus negocios, ó en medio de las doradas ilusiones de la vida”.

Son también muy justas todas las observaciones á propósito de la preocupacion contra los Gallegos,—esos hijos de la patria de Pelayo y Pardo de Cela—esos hijos de la tierra que fué el antemural de los cristianos contra el agareno.

Voy á concluir revelándome contra una tirada relativa al Dr. Manzano, contra una blasfemia de *R. el Mujiense*.

Aborresco como él las cartas, todos los gremios con tendencias aristocráticas, es decir, á gozar de franquicias y privilegios que no todo el mundo puede tener.

[Conclusión]

Pero protesto contra estos párrafos.

“Una de las mas bellas conquistas de los pueblos modernos, es sin disputa la tendencia á difundir la ilustracion en las masas, partiendo de la creencia que un pueblo ilustrado se aleja de los focos de corrupcion donde se engendra el crimen.

“Pero una triste esperiencia se encargó de demostrarnos que los resultados no han correspondido hasta hoy á aquellos nobles deseos.

“La causa nos la acaba de demostrar esa nueva ciencia, que empieza á lucir en el vasto horizonte de los conocimientos humanos¹⁵, en la carencia de bases sólidas en que aquella ilustracion se apoya, base que no puede ni debe ser otra que la religion y la moral.

“Se ha demostrado de un modo matemático que hay una infinidad de crímenes y males que eran desconocidos ó muy raros entre los antiguos, y se aumentan de un modo tan prodijioso en nuestros dias, que parecen inherentes al progreso de nuestra tan decantada civilizacion.”

En nombre de la civilizacion moderna, yo contesto, que semejantes aserciones son falsas.

Si hay algo cierto en el mundo, es que la ilustración en lugar de llevar, aleja de los fosos de corrupcion.

La estadística se ha encargado de demostrarlo de una manera evidente. Y á este propósito, séame permitido reproducir aquí lo que dije en un discurso, que ha poco pronuncié al inaugurarse una escuela pública en Rojas: “La estadística de algunos pueblos modernos contiene á este respecto cifras curiosísimas, q’ son á la vez una enseñanza severa para las generaciones presentes y por venir. En Inglaterra, por ejemplo, se educa mas que en Irlanda, y Escocia mas que en Inglaterra, y en Nueva York y Nueva Inglaterra, tanto como en Escocia. Pues bien, en Irlanda se comete *un crimen* por cada *quinientas almas*, en Inglaterra *uno* por cada *novecientos setenta*, y en Escocia, Nueva Inglaterra y Nueva York uno por cada *cinco mil*. ¿Quereis una prueba mas elocuente del poder rejenerador de la educacion?

Os diré que las civilizaciones antiguas mas poderosas perecieron porque no educaron al pueblo como la Democracia de nuestros dias. El Ejipto, la Grecia, Cartago y Roma no educaron.”

Los vicios que hoy existen existian en la mas remota antigüedad, y muchos de ellos, los mas odiosos y degradantes eran mucho mas comunes entonces que ahora.

Tomad la Biblia, y en cualesquiera de sus páginas hallareis la prueba de ello.

Caín, es el primer hombre que ensangrienta la tierra con un homicidio; el que acarreando sobre su posteridad las maldiciones de Dios, hace que la especie humana sea condenada á experimentar largos y durísimos dolores.

A poco andar corrómpese la tierra y se llena de iniquidad. Y Dios, viendo tanta corrupción é iniquidad, resuelve que los hombres perezcan, salvando solo a Noé y los suyos, pues, *reconoce que él es el único justo en la tierra*.

Este castigo tremendo, universal; no alecciona, empero á la humanidad.

Sodóma y Gomorra convertidas en lupanares de infamia y abominacion, provocan la cólera divina, y el fuego las devora y las elimina de la faz de la tierra por siempre jamas.

¹⁵ Aquí el autor se refiere al ilustre gallego D. Ramon de la Sagra.

Loth, seducido por la crápula de sus hijas, no tarda despues de esto en cometer el primer incesto con que se mancha la humanidad.

Onan, hijo de Judá y marido de Thamar, entrégase a un vicio torpe y menguado, y maldecido de Dios perece súbitamente como herido del rayo.

Los hijos de Jacob, venden por envidia á su **jóven** hermano José.

El Decálogo, promulgado por Moises, desde la cumbre del alto Sinai, prueba que en aquellos tiempos patriarcales, se robaba y se mataba como ahora; que como ahora, el desamor, la¹⁶ concupiscencia, la mentira, el asesinato, el robo ejercian su maléfica influencia sobre la frágil y pecadora humanidad.

Si de aqui paso á Grecia encuentro que los griegos eran viciosos, corrompidos y crueles como sus antecesores.

Los ríjidos espartanos eran habilisimos ladrones, como que se ejercitaban en robar, pues, este artículo formaba parte de su viril educación.

Los atenienses, eran disolutos, que pusieron en moda el amor sacrático¹⁷, y como ningún otro pueblo fueron ingratos con sus servidores. Así, véseles condenar á la última pena á seis de sus generales victoriosos, q' á causa de una borrasca no tuvieron tiempo de enterrar los cadáveres de la batalla ganada,— sentencia que al sello de la supersticion reune el mas inaudito carácter de ingratitud y atrocidad.

Solo ellos han condenado á hombres puros é intachables, modelos de prudencia, de civismo y longanimidad, como Focion á la horrible pena del veneno, á la amarga y desagradable sicuta.

En Roma el pueblo asistia alegremente al Coliseo, y allí se estasiaba en ver morir á los cristianos que lidiaban con las fieras. Los magnates arrancábanles los ojos á sus esclavos para que batiesen mejor la crema. Y si hay páginas fecundas en maldades, esas páginas son las de la historia Romana.

Pasando del mundo antiguo á la Edad Media, encuentro que la Inglaterra, ese país donde hoy se goza de tanta libertad y donde se educa con tanta profusion, es el mismo que ha enviado al suplicio cuatro reinas,— Ana Bolena, Catalina Howard, Juana Gray y Maria Stuardo.

Viene en seguida la Francia, donde los frailes fanáticos asesinas reyes, donde los reyes asesinan hugonotes,—la Francia que en presencia de Francisco I y su corte, descuartiza al infeliz Montecuculli, porque el Delfin muérese en sus manos de una pleuresia.

¹⁶ En el original hay una errata: "lo".

¹⁷ Creemos que es una errata por "socrático".

Tiendo la vista á la España, y allí veo que los reyes matan con su propia mano, como D. Pedro el Cruel; y allí veo que se establece una inmensa hoguera, que se llama la Inquisicion, donde *para mayor gloria de Dios*, se quema sin piedad.

En Italia, en Portugal, en Alemania, en Rusia, do quier hay hombres derramáse sangre y pululan los crímenes.

La Revolucion Francesa, es la última página sangrienta de la historia, y, aunque implacable y furibunda como ningun otro sacudimiento popular, ella inauguró una éra social completamente distinta de las demás. Desde entónces la civilizacion moderna cambia de caracter. Y asi como en la antigüedad cometiéronse mas crímenes que en la edad-media,—asi tambien en nuestros dias las sociedades Europeas son mucho mas morales que en el renacimiento.

Las naciones arman ejércitos, gastan injentes tesoros y derraman sangre á raudales. Pero, como los Griegos, no condenan á sus leales hijos al veneno,—no asesinan hugonotes como los franceses del tiempo de Catalina de Medici,—no queman herejes como los Españoles del tiempo de Torquemada,—ni decapitan reyes como los ingleses del tiempo de Isabel.

El derecho de la mente, es acatado. La conciencia sagrada. Los pueblos tienen garantías. Las pasiones de los reyes están encerradas dentro de límites racionales. No está en su mano ahorcar ni quemar. El dinero satisface ciertas necesidades; pero no lo puede todo. Nadie esclama ya como Richelieu yendo á ajusticiar á Cinq Mars y De Thon, *es una lástima que no haya verdugo!* Al contrario,—hay quien pida calorosamente la abolicion de la pena de muerte ; porque el pueblo no se recrea ya en horribles espectáculos, como en tiempos de Domiciano; hay quien protesta contra toda iniquidad, porque existe una voz anónima, pero potente y que todo ahoga como el rujido de la tempestad, que se llama la voz del jénero humano, que es el eco de la conciencia de la civilizacion, la cual constantemente clama contra todo atentado, contra toda violencia y todo crimen, que perturbe la armonia social.

Los que dicen que la civilizaci6n corrompe, desconocen estas lecciones de la historia y olvidan que la civilizacion dulcifica el carácter de la humanidad—asi como cuando sostienen que en el estado primitivo ó patriarcal no se conocian, ni se conocen los crímenes, ni los vicios de hoy, no piensan en Cain, ni en Sodoma, ni Onan.

Pero no hay necesidad de ir tan lejos. Compárese el estado social de un pueblo Europeo ó Americano, con el estado de un pueblo primitivo de Asia, Africa, ó América, y se verá que hay mas moralidad en una aldea de Normandia ó de Galicia, en un pueblo de Estados Unidos ó de la República Argentina— que en una tribu de Bengala ó Sumatra, que en una tolderia de Pampas ó Gualcurues.

La civilizacion no quema en ardientes piras á la viuda, ni come á sus semejantes, como los pueblos primitivos ó no civilizados; tampoco inmola víctimas humanas como los adoradores de la diosa Kalí, la civilizacion no abandona a sus enfermos, y como el indio Americano, al contrario, semejante á las antiguas Samaritanas prodiga su auxilio á quien lo ha menester y esta faz humanitaria distingue

singularmente el hombre civilizado del salvaje; que á su fisonomia feroz, supersticiosa, reúne el rasgo especial de la cobardia en socorrer á sus iguales.

Convengamos en que todos los pueblos desde Adam á la fecha han conocido el crimen y la superstición, la iniquidad en todas sus manifestaciones. Pero concededme que la humanidad ha mejorado de condicion, á medida que se han ido modificando las ideas, por el adelanto de los estudios morales, y el progreso de las ciencias exactas y físico naturales, que rompiendo el velo que ofuscaba la mente han destruido las preocupaciones de la barbarie derribando los altares de los Dioses paganos.

Sí; “el progreso en el cultivo de las facultades ha mejorado la condicion moral del hombre en lo que es susceptible de ello y la hubiera mejorado mas, si siempre se hubiesen presentado como formas de nuestros instintos y sentimientos, objetos y concepciones que hubiesen sido la espresion jenuina de la verdad, de la justicia, de la belleza y de la utilidad comun”.

Esto dice un eminente pensador moderno. Yo me complazco en citarlo, autorizando así doblemente mi voz, y añado. Establecer que la Ilustracion corrompe, equivale á sostener la barbarie. Parangonar al Pampa y al Cafre, con el Americano y el Europeo, y darle la supremacía, equivale á decir que los primeros son mas virtuosos y morales que los segundos, y esto es tan absurdo que cae de su propio peso.

Lo repito en otros términos. El hombre natural es igual en todas partes.

Tal es mi conviccion. Ved sino la marcha de la especie humana desde su creacion hasta el dia de hoy. Asi como el hombre tiene las mismas formas fisicas ahora que tiempo atrás, asi tambien posee los mismos instintos y sentimientos. Dios ó la naturaleza, ha dado el fondo, y con él el libre arbitrio, la conciencia. Habrá desigualdades, no lo niego, porque en la creacion no hay dos cosas especifica y matemáticamente iguales. Cien semillas de trigo dan cien espigas, pero ni su calidad es igual á la cimente, ni cada una de ellas contiene el mismo número de granos. El hijo se asemeja al padre; pero nunca jamás es la vera efijie de su projenitor.

Mas observo al llegar aqui que mi plan ha corrido demasiado, refutando la tesis de *R. el Mujiense* relativa á la civilización, y es tiempo concluir.

Decididamente voy á hacerlo en el párrafo siguiente.

V.

Dice un escritor Norte-Americano, hablando de la influencia que la civilizacion fisica ejerce sobre la intelijencia de la humanidad, y que los que sostienen que la literatura y filosofia han comensado á declinar, tienen el mérito de llamar la atencion, nobstante que establecen un aserto inexacto é incompleto.

Pues bien, yo declaro que no ha sido mi intencion exitar el asombro del lector lanzando á su critica una proposicion desatentada¹⁸.

Antes por el contrario, estoy convencido de la verdad de mi tesis, y leeré con placer las¹⁹ objeciones q' en contrade²⁰ ella se hicieren, contemplandome desde ya feliz si con la misma voz de la historia se me demostrase que estoy en error. En cuanto á la inexactitud é imperfeccion de mis vistas, es decir, á la pobreza con que he desarrollado mis ideas, lo confieso bien alto y con una franqueza, que espero no será puesta en duda por nadie, no se me oculta que mi insuficiencia debe haberle quitado al asunto principal una parte de su importancia é interés, por no decir todo. Cuento²¹ para ello con la benevolencia del público.

Por otra parte, y notadlo bien señores, yo no he sostenido ni sostengo que la civilizacion relaje los resortes de la inteligencia humana, muy lejos de ellos, he dicho al principio que hay mas jenio esparcido en la muchedumbre que en una academia por celeste que sea, lo cual implica esta otra idea, educad, es decir, civilizad y levantareis el tono de la inteligencia popular.

Asi mi tesis puede asumir esta fórmula. En la Democracia, mientras el bienestar no se haya hecho extensivo á todas las clases de la sociedad, los progresos de las ciencias exactas, de las artes mecánicas y de los estudios sociales, serán mayores que bajo las demás formas de gobierno,—al paso que en estas adquirirán mayor brillo las bellas artes, la pintura, la escultura, la poesia, la literatura novelesca, ó en terminos mas jénéricos, todas las obras de imaginacion.

Me diréis que en la antigüedad ápenas fué conocida la novela; que esta forma de la literatura ha seguido la marcha progresiva de la humanidad, me citareis todas las novelas desde las *Cuatro hijas de Aymon*, hasta el *Quijote* y el *Gil Blas*, que son los eslabones que unen, por decirlo asi, la Edad Media y el Renacimiento á la civilizacion moderna, á la época de mayor libertad que ha atravesado el mundo conocido. Pero yo os diré en cambio, que los pueblos mas democráticos y libres de la tierra, y os los nombraré por el orden de su jerarquia,— los Estados Unidos,—la Suiza,—la Inglaterra, son los menos aptos para la poesía, las bellas artes y la novela.

Ahora bien, pondréis en duda después de haberme leído, que el apogeo literario de la novela en la República Argentina está lejano aun? Por lo que á mi respecta lo digo con toda la fuerza de una verdadera conviccion. Este pais tan mercantil,—tan anheloso de mejoras materiales,—tan activo,—tan celoso de su libertad,—cuando le comparo con otras Repúblicas Americanas,—tardará mucho en brillar por el esplendor de sus bellas letras. Existen en él á no dudarlo los jérmenes de una Democracia que puede ser grande, poderosa y feliz en lo futuro. Pero la tarea no está sino empezada. Un sentimiento, que es la necesidad de ser libres é independientes, nos ha convertido en una Nacion soberana. Es la obra del patriotismo, que ha llenado su mision. Falta que la razon y el buen sentido, que la prudencia y la sabiduria cumplan la suya.

¹⁸ Sospechamos que el autor quiso decir "desatinada".

¹⁹ Reparamos una errata del original, en donde se lee "la objeciones".

²⁰ Suponemos que la expresión "q' en contrade" contiene una errata y debe leerse: "q' en contra de".

²¹ en el original se lee "Cuanto", suponemos que se trata de una errata.

Mientras la aurora de ese momento histórico no asoma en el horizonte del porvenir, y en tanto que esta tierra toma una fisonomía propia, un tipo especial,—los que quieran propender á la formacion de una literatura verdaderamente nacional deberán buscar en las fuentes de su historia, de su forma social é instituciones los materiales para el poema épico, el poema dramático y la novela. De lo contrario, como dice Grimke, criticando el gusto del pueblo Americano, que tacha de nocivo, por la literatura estrangera, vicio de que nosotros adolecemos asaz, los autores carecerán de esa originalidad, de esa solidez que dan dignidad é interes á las especulaciones mentales, y el pueblo continuará leyendo solo para mitigar el mal estar de su fastidio.

Hé aquí porque he creido que no era inútil emitir mi juicio sobre la *Emilia de R el Mujiense*,—libro de un mérito relativo; pero que vale mas que muchisimos estrangeros que el público busca con avidéz y á no dudarlo lee con desgano.

No fué por cierto mi intencion remontarme hasta donde el lector me ha seguido. Pero quien puede decirle á su imaginacion,—*de aquí no pasarás*, cuando por pobre que sea la masa que la inspira bate esta sus alas?

Ahí teneis porque léese la palabra *Ensayo* en el epígrafe.

Y por si el volido hubiese sido demasiado osado, y el éxito no respondiese á mis deseos, terminaré diciendo como La Fontaine:

Et si de t'agréer je n'emporte le prix

J'aurai du moins l'honneur de l'ávoir entrepris.

Lucio V. Mansilla

Rojas, Noviembre de 1863.